

De uno de los mayores satíricos del siglo:

La trampa de la belleza

por H. L. Mencken

De no ser en el escenario, el hombre guapo no tiene ninguna ventaja notable en amoríos sobre su hermano más rudo. En la vida real, en verdad, aquél es visto con la mayor sospecha por todas las mujeres, excepto las más estúpidas. Una empleada de una tienda barata tal vez pueda enamorarse plausiblemente de un actor de cine, y una viuda medio loca puede sucumbir a un gigoló con hombros como el Partenón, pero ninguna mujer inteligente que se respete, aún suponiéndola embriagada por los encantos de un macho adorable, podría rendirse a tal locura ni por un instante ni confesarlo a su más querida amiga.

Los psicólogos amateurs explican frecuentemente este desdén hacia el hombre guapo diciendo que las mujeres están como anestesiadas ante la belleza, y que carecen de la rápida y delicada capacidad de respuesta del hombre. Nada podría ser más absurdo. Al respecto, las mujeres comúnmente poseen un sentido estético mayor y más agudo que los hombres. La belleza es más importante para ellas; piensan más en ella, y exigen más belleza a su alrededor que los hombres. El hombre promedio, al menos en Inglaterra y en América, encuentra un orgullo bovino en su indiferencia hacia las artes; piensa en ellas sólo como fuentes de una forma de aburrido entretenimiento; rara vez escucha uno que estos tipos muestren la mitad de entusiasmo por cualquier cosa hermosa de la que su esposa demuestra en presencia de un fino tejido, un color eficiente, o una forma graciosa. Las mujeres se resisten a la mal llamada belleza masculina por la simple y sencilla razón de

que tal belleza es, antes que otra cosa, imaginaria. Un hombre verdaderamente hermoso es en realidad tan raro como una pieza de joyería verdaderamente hermosa.

Lo que los hombre toman equivocadamente por belleza entre sí mismos, usualmente no es sino una ostentación torpe, vacía, repugnante y pasajera: el esplendor superficial de un animal altanero. El más adorable actor de cine, considerado a la luz de verdaderos valores estéticos, no es más que un caso de vulgaridad; sus equivalentes deben buscarse no en la galería Uffizi o en las armonías de Brahms, sino con los sofás mullidos, los relojes rococó y los óleos de tercera mano de los salones de subastas. Todas las mujeres excepto las menos inteligentes, adivinan esta impostura con sólo una mirada penetrante. Saben que el cuerpo humano, excepto por un breve periodo en la niñez, no es algo hermoso, sino una cosa horrible. Sus propios cuerpos no les ofrecen atractivo; constantemente se esfuerzan por disfrazarlo y ocultarlo; nunca lo muestran estéticamente, excepto como un acto de la más grosera provocación sexual. Si se anunciara que un grupo de hombres bien formados van a desnudarse en un escenario público, las únicas mujeres que acudirán al espectáculo serían unas cuantas adolescentes retardadas, una o dos solteras psicopáticas, y un comité de indignadas integrantes de la Sociedad Parroquial de Damas Caritativas.

Los hombres no demuestran tal sagacidad para aprehender la relativa y falsa belleza del cuerpo humano. La trampa más efectiva que una mujer





puede tender a un hombre, es el cebo de lo que él con fatuidad concibe como belleza femenina. Esta susodicha belleza, desde luego, es casi siempre una mera ilusión. El cuerpo femenino, aun en su mejor momento, tiene una forma sumamente defectuosa; de curvas toscas y masas groseramente distribuidas; comparadas con éste, una jarra de leche común y corriente e incluso una escupidera, resultan objetos gratos y bien diseñados —*en suma, objets d'art*. Debajo del cuello, en la proa, y debajo de la cintura, en la popa, hay dos masas que simplemente resisten a acomodarse en una composición balanceada. Vista de perfil, una mujer parece una S exagerada, cortada por una recta imperfecta, de modo que inevitablemente sugiere un signo de pesos borracho.

Más aún; es extremadamente difícil encontrar una mujer que tenga siquiera la modesta armonía visual de que su sexo, teóricamente, es capaz; solamente una belleza rara puede ser tolerada. La mujer promedio, antes que el arte acuda en su auxilio, es tosca, deforme, torpe y crudamente articulada, aún para otra mujer. Si una mujer tiene un buen torso, es casi seguro que tiene las piernas arqueadas. Si tiene buenas piernas, es casi seguro que tiene un cabello terrible. Si tiene un cabello bonito, es casi seguro que tiene las manos huesudas, los ojos opacos, o no tiene mentón. Una mujer que satisface todos los requisitos de belleza es tan extraña que se convierte en una especie de maravilla, y usualmente se gana la vida exhibiéndose como tal, ya sea en un escenario, por medio mundo, o como la joya privada de un rico conocedor.

Pero esta carencia de genuina belleza entre las mujeres, no les afecta en los asuntos primarios de su sexo, porque sus efectos están más que sujetos a la sugestibilidad emotiva, a la enorme capacidad de crear ilusiones y a la casi total ausencia de sentido crítico en los hombres. Los hombres no demandan auténtica belleza, ni siquiera en las dosis más bajas; se contentan con una pura apariencia de esta. Es decir, no tienen talento alguno para diferenciar entre lo artificial y lo real. Una capa de maquillaje facial, aplicada con destreza, es tan satisfactoria para ellos como una piel de Damasco. El cabello de un chino muerto, artísticamente teñido y adornado, les causa tanto deleite como si se tratara de los rizos de Venus. Unos senos postizos los intrigan tan efectivamente como la más original faja viviente. Una hermosa falda los atrapa tan seguramente, como el más hermoso par de piernas, de hombros, manos o de ojos.

En suma, ellos estiman a las mujeres, de ahí que las conviertan en sus esposas tomando en cuenta aspectos puramente superficiales, lo cual es tan inteligente como estimar la calidad de un huevo solamente por la superficie. Nunca van más allá, nunca se les ocurre analizar las impresiones que reciben. El resultado es que muchos hombres, engañados por tan mezquinas sofisticaciones, nunca ven

a su mujer realmente, es decir, como se supone que nuestro Padre Celestial puede verla —y como el embalsamador la verá— sino hasta que han pasado muchos años de casados.

Todos los trucos pueden ser obvios e infantiles, pero en la cara de un espectador tan ingenuo, la tentación de continuar practicándolos es irresistible. Una enfermera profesional me decía que aun cuando han pasado por la experiencia extremadamente incómoda del parto, la gran mayoría de las mujeres continúa modificando su complexión con silicatos de magnesio pulverizado, y dándose tiempo para arreglarse el cabello. Engaños tan transparentes reducen al psicólogo a una amarga clase de alegría; sin embargo, debe quedar claro que esos trucos bastan para entrapar y hacer tontos a los hombres, aun a los más cuerdos.

Y lo que la estética ensordece, enmudece y ciega, da lugar a que la vanidad, instantáneamente, se refuerce. Es decir, una vez que un hombre normal ha sucumbido a los prostituidos encantos de una bella mujer (o, más exactamente, una vez que una bella mujer lo ha engatuzado y agarrado por la nariz), él defiende su elección con todo el calor y la presteza propios a la defensa de un punto de honor. Decirle a un hombre llanamente que su mujer no es hermosa, es un insulto tan duro e intolerable que aun un enemigo difícilmente se aventuraría a hacerlo. Uno lo ofende menos si le dice que su mujer es idiota; incluso escupirle a la cara, es, relativamente hablando, una caricia en comparación a decirle que su mujer es fea. El ego del macho no puede soportar una ofensa de tal magnitud. Es un arma tan ignominiosa como los venenos de los Borgia.

Así, en términos humanos, una conspiración de silencio rodea al engaño de la belleza femenina, y a su víctima le es permitido sentirse tan deleitado como si escuchara la verdad. Los engaños que el hombre se traga no son exactamente digeribles o fáciles de sostener, sino simplemente brillantes e inteligentes estratagemas. Sucumbe a un par de ojos bien manejados, un gracioso giro del cuerpo, una complexión sintética o a un par de piernas dominadas con destreza, sin darse la menor cuenta de que una mujer entera está ahí, y que dentro de la cavidad craneana existe un cerebro, y que la idiosincrasia de ese cerebro es vastamente de mayor importancia que todos los imaginables estigmas físicos del mundo combinados. Pero no muchos hombres, perdidos como están en el precedente laberinto, pueden ser capaces de examinar claramente tales hechos. Incluso los evitan, aún cuando sean favorables, y depositan toda la importancia en la superficialidad que les rodea. El hombre promedio, estúpido y sentimental, si acaso llega a tener una esposa notable por su sensibilidad, casi se disculpa por ello. El ideal de su sexo es siempre una mujer bonita, y la vanidad y la coquetería que casi siempre acompañan a la belleza, son erigidas como virtudes.